

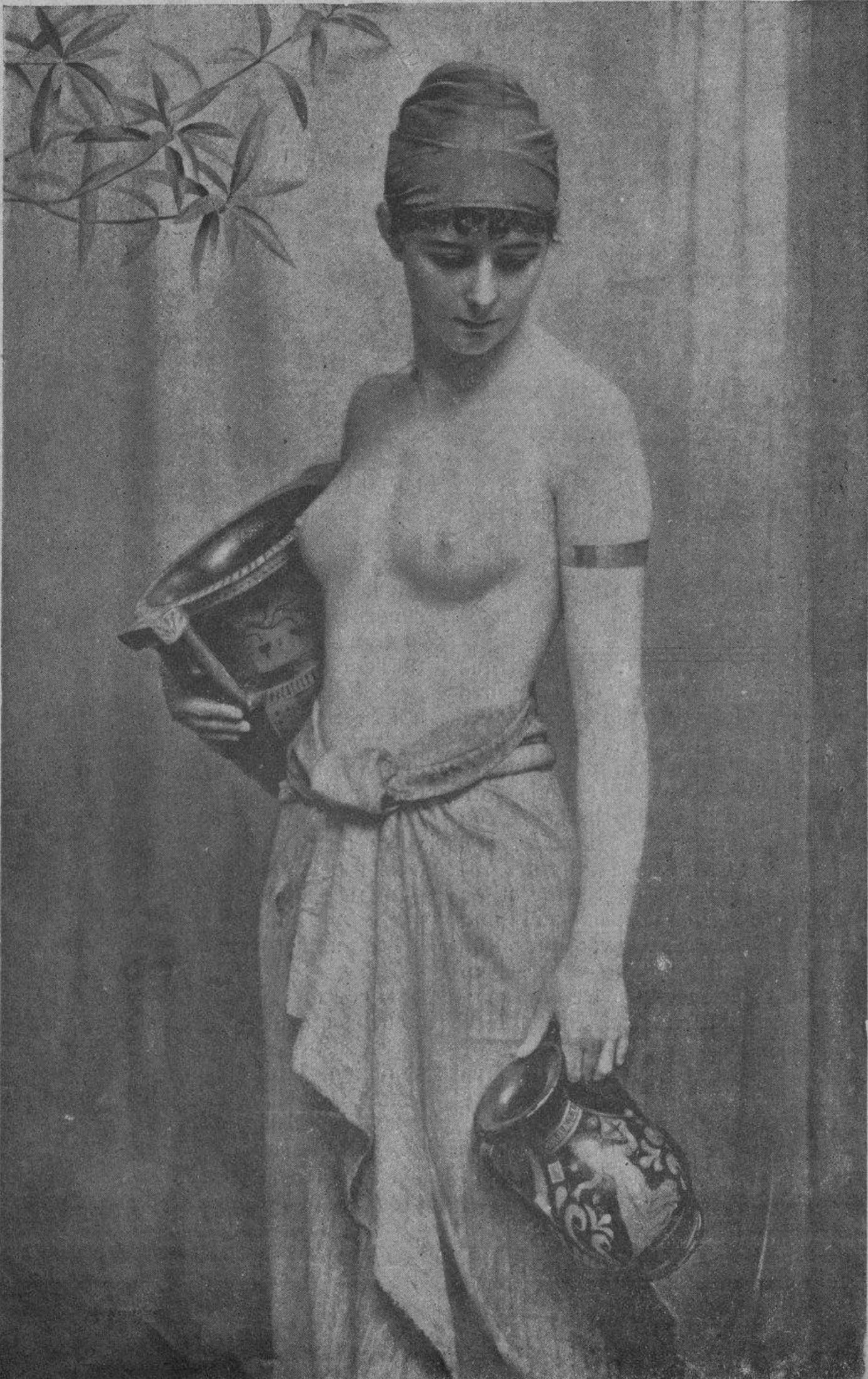
LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 16 DE ABRIL DE 1896

NÚM. 282





Para *El Barquero*, en el *Heraldo*:
Madrid.

Los que tienen que oír en estos primeros días de la temporada, son los aficionados á toros.

El principio de la serie taurina ha sido de lo más desastroso que se ha visto hace muchos años; la talla de los toreros ha bajado y los precios de los asientos han subido; hoy cuesta doble ver á cualquiera de esos suicidas que han tomado la alternativa empujados por el vocerío popular irreflexivo, que en sus mejores tiempos ver á *Frascuero* ó *Lagartijo*.

Sin más autoridad taurina que la que puede suponerse en un aficionado que soy de toda la vida, contando desde los días ya lejanos de la plaza vieja, me permitiré apuntar alguna observación acerca de esta aparente decadencia de la fiesta nacional.

En primer término, vengo observando que ahora se improvisa un espada con facilidad pasmosa, y tienen toda la culpa en esto los públicos de Madrid y de Sevilla. Cuando aquí ó allí asoma un novillero fresco, que se acerca y hasta se deja coger, ya se le empuja para que tome la alternativa. Esto se ha hecho con *Gavira*, con el *Algabeño*, con *Bombita*, con muchos otros ya casi olvidados á pesar del *tronfo* con que empezaron. Ni en Sevilla ni en Madrid ha habido suficiente paciencia para separar el aro del similar, para ver que el torero, tal como yo entiendo que debe ser un torero, debe tener algo más que frescura para andar en la cabeza de los toros. Ninguno de los citados diestros *torea*, porque *torear*, lo que se dice *torear*, no es solamente entrar de cerca y con valor en un pase ó en una estocada, sino saber de toros, discernir qué clase de lidia necesita cada res, *torear* con la capa y con los palos y no sólo con la muleta, adquirir, en una palabra, maestría que no se posee de golpe y porrazo, sino lentamente y andando mucho tiempo entre los maestros.

Rafael el grande fué peón, fué banderillero

y llegó á matador cuando ya los toros «no tenían secretos» para él; en su largo aprendizaje aprendió aquella suprema finura de su toreo y adquirió el conocimiento de las condiciones de los toros que no igualó ningún torero de su tiempo. Con los pares en la mano un año y otro, llegó á *pisar* los terrenos con seguridad y aplomo y á estudiar al toro en el momento preciso y supremo del encuentro, y cuando por vez primera tomó la muleta, sabía ya cuanto era necesario sa-

ber ante la cabeza de un toro.

El mismo *Guerrita* no fué un fenómeno explosivo; antes de que el público de Madrid pidiera para él la alternativa, se le había visto mucho tiempo *torear* de capa y *parear* en la cuadrilla del *Gallo*, y como su tocayo y paisano el gran cordobés, llegó á la suerte de matar con un conocimiento perfecto de todas las suertes de la lidia.

La retirada de los colosos del toreo, *Lagartijo* y *Frascuero*, hizo un vacío enorme en lo que podríamos llamar el generalato de la *torería*. Quedaron muchas medianías, muchos primeros espadas sin toreo alegre, de los que unas veces bien y otras, la mayoría, mal, echan toros á tierra *sin torearlos antes*, y durante buen número de temporadas se iba á los toros más por los toros que por los toreros.

Los públicos esperaban que se sustituyese á Rafael y á Salvador, y al fin *Espartero* y *Guerrita* con menos años que aquéllos y casi con escuelas iguales á las de los dos grandes matadores, sostuvieron durante algún tiempo viva la afición. Pero un toro acabó con el infortunado *Espartero* y un público, el de Madrid renegó de *Guerrita*. ¿Por qué? Según parece por razones que nada tenían que ver con el diestro como tal diestro, por si en sus relaciones con *Lagartijo* había hecho ó dicho. *Lagartijo* tenía de su parte la opinión de este público, aún después de su desastrosa despedida, y los aficionados no calificaban ya en la plaza el toreo

del Guerra, que era á lo que allí debían ir, sino la supuesta ingratitud del discípulo para con el maestro.

Guerrita se amoscó con los siseos injustificados y con los alfilerazos de la crítica taurina afecta á *Lagartijo* y se negó á torear en Madrid, en lo cual hizo perfectamente. Quedó otra vez el generalato sin más figura saliente que *Mazzantini*, y el público sintió de nuevo la necesidad de llenar los huecos.

Entonces fueron apareciendo los suicidas en las novilladas. Aquel que recortaba capote al brazo ó se dejaba coger al tiempo de matar, llenaba la plaza y tenía la alternativa segura. Ni aún se sabía de donde venían ni qué habían hecho antes de venir. Llegaban, se arrimaban con mucho valor y sin ningún arte, y el público, tan perturbado como ellos, creía ya tener cuajado un fenómeno taurino.

Pero lograda la alternativa el fenómeno ya no se arrimaba, único mérito que en realidad aportaba, y el público echaba de ver ya tarde, que el torero no era tal torero, que carecía en absoluto de maestría y de toreo fundamental, y no volvía á acordarse de él. Al llegar aquí, podría citar muchos nombres si el hacerlo no fuera mortificante para los interesados.

Levantando y derrivando así un idolo cada domingo, ha llegado el público á esta temporada, le han dado los toreros que él y nadie más que él ha fabricado tan irreflexivamente, y se ha llamado á engaño diciéndose que la fiesta nacional está en decadencia.

No lo está, afortunadamente; lo que sí está muy decadente y cambiada es la afición inteligente, antes tan sobria y severa para revalidar toreros, y tan fácil ahora para admitir los que el barullo y el desplante le imponen.

Usted, mi querido *Barquero* y otros que como usted manejan el cetro taurico, pueden y deben oponerse seriamente á las alternativas prematuras y de mogollón, no dejándose empujar por la garrulería pseudo taurina del público indocto.

Lograrán haciéndolo, que tengamos menos toreros, sí, pero mejores, y que la fiesta nacional no degenerere en competencia de muchachos temerarios que no deben pasar de regulares banderilleros.

FEDERICO URRECHA.

TRES BESOS

I

Corría placentera
aprisionando entre sus labios rojos
el tallo de un clavel que en la pradera
crecía entre zarzales y rastrojos
y acercándose á mí que, distraído,
miraba embebecido
su cuerpo escultural, sorbido el seso,
me dijo con acento complacido:
—Si coges el clavel te doy un beso.
—(¡.!)
Al contemplar mi asombro
soltó una carcajada aguda y loca
y añadió, reclinándose en mi hombro:
—Un beso te daré, pero te toca
ganarlo en buena lid, franca y reñida:
si has de alcanzar la ofrenda apetecida
quitame de los labios con tu boca
esta flor que sujeto decidida.

—
Movía una y cien veces
la cabeza en distintas direcciones;
yo, sintiendo amorosas sensaciones
y arrostrando servil sus esquivaces,
buscaba como término á mis males
el premio á mi faena abrumadora;
¡un beso de su boca tentadora
que Dios hizo de perlas y corales!
Redoblando con impetu mis brios
se encontraron sus labios con los míos
y sonó de repente
de un idilio de amor el beso ardiente.

II

M.E. Penetré con temor: estaba sola.

los mil recuerdos de mi amor pasado
venían en confusa batahola
á adormecer mi espíritu cansado.

Por lazo indisoluble á un hombre unida
ella, en aquel instante
cometía al citarse con su amante
la acción más torpe de su triste vida...

..
Sonó á lo lejos matinal campana
anunciando llegaba el nuevo día;
amorosa sus brazos me tendía...
me dió un beso y salió... por la ventana.

III

Aquel amor arrebatado y loco
se borró con la ausencia poco á poco.
Saturado de amor y desengaños,
después de muchos años
volvía al lado de ella,
sin sentir la emoción embriagadora
de la pasión aquella
que germinó en mi pecho asoladora.
—¿Te has casado?—me dijo

—Voy á unirme
—contesté con despego—
á una mujer á quien adoro ciego
en lazo eterno, indisoluble y firme.
Levantóse enojada;
se reflejó brillante
el rayo del despecho en su mirada
y uniendo nuestros labios un instante,
con aire vengador fosco y arisco
en vez de un beso... ¡me atizó un mordisco!





Nube de verano.

Cuadro de Marcus Stone.

EL RAPTO

¡Oh! ¡Juventud, primavera de la vida!

¡Oh! ¡Primavera, juventud del año!

Me parece que el modo de empezar no puede ser más nuevo ni más ingenioso.

Ambas exclamaciones apenas se habrán estampado unos doce millones de veces desde que hubo de lanzarlas al mundo de la publicidad el poeta italiano y casi siempre su repetición ha servido para lo mismo que me sirve á mí.

Para ganar dos renglones y hacer alarde de erudición fin de siglo... XVIII.

No gastan otra muchos de los que pasan por sabios en el siglo de los rayos Roentgen, que constituyen la última novedad de la ciencia, como sabrán ustedes si no lo ignoran, cosa que muy bien podría suceder.

Conste que no es mi ánimo ofenderos, ¡oh, lectores amables!

Pero cuando se dan senadores norte-americanos que no saben que Cuba elige una cincuenta de papás de la patria y afirman que quien los nombra es el capitán general, sin que inmediatamente de haber lanzado tamaños desatinos se les obsequie con una albarda de honor por suscripción nacional; cuando tales cosas, digo, son ignoradas por los *civilizados* yankees de la clase de senadores, que deben ser lo mejor de lo mejor, nada de particular tendría que muchos de ustedes, pertenecientes al ramo de *juniores* no estuviesen enterados de que existen rayos X, que producen efectos de P. P. y W.

Pero volvamos á lo de la juventud y la primavera y comencemos á tratar de lo del rapto.

La primavera es la época de las rosas.

Las rosas tienen espinas.

Y de consiguiente la primavera las tiene también.

La juventud es la primavera de la vida.

Luego también debe ser espinosa.

Todo esto es perfectamente lógico y de seguro que ni Locke, ni Cordillac, ni Hegel, ni el mismísimo Kant tendrían nada que objetar contra ello.

Sólo Krausse ó algún discípulo suyo, más ó menos Salmerón, haría tal vez ciertos distingos, hablando de lo que las espinas son *en sí*, de lo que son *de suyo* y de lo que son *en relación* con las rosas... ó con los dedos de los aficionados.

Mas como nadie le entenderá y es casi seguro que á él le ocurriría lo mismo, podemos continuar, dejando sentado, para que no se canse, que la primavera y la juventud, por tener rosas, tienen espinas.

Las espinas de la primavera son los hervores de sangre que produce tan poética estación en los míseros mortales.

Las espinas de la juventud consisten en añadir leña al fuego, es decir, en combinar los hervores no sólo sanguíneos *sí que también* prima-

verales, con los que produce la exuberancia de vida propia de tan dichosa edad.

Semejante combinación produce en ocasiones los más funestos resultados.

Por ejemplo, y con ello entro en lo del rapto ó más bien, empiezo á hablar del asunto, pues en lo del rapto no entro ni salgo; por ejemplo, repito, un joven natural del pueblo de Sabas, se permitía el lujo de tener una novia de veinte años, hermosa, apetitosa, en fin, con todas las circunstancias necesarias para trastornar el cerebro de un hombre aunque fuese de edad madura y aunque no existiese la primavera.

Llegó la estación presente y nuestro héroe empezó á sentir cierta comezón, cierto desasociado... Vamos, que notó que le faltaba algo.

Entró en cuentas consigo mismo y averiguó que el algo que le faltaba era su novia.

Y no es que la chica le fuese infiel, sino que no la tenía á su lado, que no podía realizar el matrimonio con el apresuramiento propio de los pícaros hervores primaverales y juveniles.

Entonces el joven hubo de decirse:

—Hay que cortar por lo sano... ¿No me puedo casar con ella? Pues me la llevaré de grado ó por fuerza... y el diablo con todos.

Supongo que diría lo del diablo, porque naturalmente Cristo no puede meterse en tan pecaminosos asuntos.

En efecto, el incandescente ó voltáico novio tomó sus medidas y lanzóse al asalto del domicilio de su amada.

Era de noche, y sin embargo, no se veía ni gota.

El osado galán, después de mil peripecias ó sin peripecia alguna, pues aseguro á ustedes que yo no estaba allí para verlo ni para nada, logra penetrar hasta la alcoba donde dormía ó velaba el objeto de su amor.

—¡Soy yo, cándida paloma!—debió decir él con recatada voz.—¡Yo, tu Crispinito!... (ó como se llame...) No temas: mis intenciones no pueden ser mejores, pero son largas de contar... Ya hablaremos de ellas más despacio, cuando nos hallemos en la poética morada que para ti he preparado, ¡oh, elegida de mi corazón!... Sígueme, el tiempo apremia... ¡Ven, cariño abrasador de mi pecho inculto!...

El cariño lanzó una especie de sonido inarticulado, que hizo exclamar al joven:

—¡Oh! ¡El pudor, el rubor y el candor la impiden hablar! Pero cuando no grita ni se opone es que está resuelta á huir conmigo... Es preciso emplear una dulce violencia.

Y sacando del blando lecho á su amada, se la echó al hombro como si fuese un saco de patatas y huyó.

La preciosa carga era pesada y el joven sudaba la gota gorda; pero iba orgulloso, satisfecho. rebotante de júbilo.

¡Era feliz!

¡Cuántos planes se forjó por el camino!
Naturalmente no se los cuento á ustedes por...
falta de tiempo y de espacio.

El raptor llegó echando los bofes á una casa
de campo, donde dejó sobre un mueble á la ro-
bada que no había dicho en todo el camino:

—Esta boca es mía.

¡Claro! El rubor, el pudor... etc., etc.

—¡Uf!—exclamó él cuando se sintió aliviado
del peso.

Pero muy luego, al fijarse en el angelical
semblante del objeto de sus ansias lanzó esta
otra exclamación:

—¡Ah!

¡Había robado á su futura suegra, apreciable
señora de más de cincuenta años!

El volcánico joven huyó despavorido; pero
no tardó en ser preso por la guardia Civil, acu-
sado de raptó de.. mayores, porque digo yo
que de menores no será.

Ahora sólo falta que la futura suegra sea viu-
da y que le obligue á casarse con ella por ha-
ber atentado á su honor.

¿Se convencen ustedes de que la primavera
y la juventud tienen sus espinas?

BLAS QUITO.



CUENTOS VIEJOS

A UN TUNANTE OTRO MAYOR.

Un boticario astuto,
á quien precisos
eran para un emplasto
bastantes grillos,
dijo á nn muchacho:
por cada uno que traigas
te doy un cuarto.
A los dos ó tres días
el tal chicuelo
le llevó diez docenas
de estos insectos,
creyendo, el pobre,
hacerse millonario
con el importe,
Mas, quiso el boticario
burlar al chico
y dijole: yo solo
machos te pido
porque las hembras
no sirven. Esa es grilla,
y esta, y aquella.
Tantas grillas y grillas
fué señalando,
que entre las diez docenas
sólo halló un macho;
y de este modo
le costaron los grillos
un cuarto solo.
Conque, *esa es grilla?* (dijo
para su sayo,
corrido el muchachuelo
por tal engaño)...
pues yo te juro
que te ha de costar caro
tamaño abuso.
Se pasó mucho tiempo

sin que el muchacho
pareciera por casa
del boticario;
mas, llegó un día
en que para vengarse
fué á la botica
y dijo al pucherólogo:
—¿Quiere linaza?
—Hombre, ¿á como es la arroba?
—Pues, muy barata....
mire la clase....
—No es mala....
—Pues lá vendo
casi de balde
Sólo tengo este saco
de dos arrobas
y si me da dos duros
se la doy toda.
—Pásala ahí dentro...
te daré treinta reales.
—Pues trato hecho.
Cuando á los pocos días,
al boticario
le hizo falta linaza,
recurrió al saco,
viendo con pena
que solo lo de encima
linaza era.
¡Pillo! Dijole al verle
el boticario.
¡En lugar de linaza
tierra me has dado!
Y el granujilla
le contestó con sorna:
¿Y esa... no es grilla?

MARIANO CONDE.



EL CLOWN

I

Reclinada muellemente en su elegante *mi-
lord*, arrastrado por un tronco inglés de pura
raza; cubiertos los pies por rica piel de nutria,
que caía por todo el suelo del carruaje, y res-
guardaba á su dueña del fresco viento propio

de aquella tarde de Febrero; hizo su entrada la
Baronesa de Puerto Real, en el Paseo del Pra-
do, lleno de animación, de alegría, de lujo, de
gentío inmenso, que se agolpaba para ver y oír
las máscaras disfrazadas con llamativos y ca-
prichosos trajes.

Como llevaba el permiso especial, colgado de



Cuadro de Royer.

Telémaco y Mentor acogidos por Calipso.

un botón de la librea del cochero, no tardó la Baronesa en estar paseando por el centro de la larga é interminable fila de coches, que en correcta formación se extendía por la Castellana, el Botánico y Atocha; y bien pronto varias máscaras asaltaron el *milord*, subiéndose por los estribos, por el pescante, por la capota, en fin, por todas partes.

La Baronesa reía las agudezas y bromas de los enmascarados, contestando con réplicas oportunas á sus sátiras más ó menos sangrientas; y haciendo ostentación siempre en sus movimientos, actitudes y gestos de aquella belleza que era famosa en los aristocráticos salones de Madrid.

Flores, confites, bombones, *bibelots*, llenaban el coche. Su dueña gozaba de un modo extraordinario con tanto éxito, respirando el incienso de la adulación, pues de aquellas bocas cubiertas por la careta, salían palabras apasionadas, frases de amor y hasta quejas dolorosas que quizás llevaran en el fondo de la broma algún triste y cruel desengaño.

II

De pronto y aprovechando el asiento vacío por casualidad que había junto á la Baronesa, vió ésta á su lado un máscara caprichosamente vestido de clown.

El traje era lujoso de seda azul, con pantalones muy anchos, gola de encaje y ricos bordados en la chaquetilla. La careta toda blanca llevaba extravagantes pinturas de almazarrón en las mejillas y de la cabeza salía un pico azul también con muchos cascabeles. Los guantes de fina cabritilla color gris perla y los zapatos de raso, denunciaban á la legua una persona fina y de gusto exquisito.

—¿Vienes del Circo, payaso?—dijo riéndose la Baronesa.

—No hay Circo,—contestó el máscara.—¿No sabes que estamos en invierno?... ¡Muy preocupada estás cuando cometes ese error, tú que que sólo vives en las diversiones!... Dime, ¿qué te preocupa?... ¿Será tu marido?...

—No,—interrumpió ella,—mi marido se fué de caza y supongo estará bueno.

—Entonces pensarás en alguna infidelidad de Enrique,—dijo el clown casi al oído de la dama.

—¡Silencio!... ¡Ya sé quien eres!... ¡Por Dios Enrique mío, no hables alto!... ¡Que no te oigan las otras máscaras!—contestó la Baronesa sonriendo con dulzura, brillando en su mirada la luz del cielo y llenándose su rostro de misteriosa y arrebatadora magia.

—¿De modo que estamos libres por estos días?—preguntó el payaso.

—¡Sí, amor mío!... Puedo dedicarte la noche, la mañana, la tarde; pensar siempre en ti, no compartir con nadie mis caricias y ser dichosa por completo.

Al decir esto con ardiente expresión, miraba la Baronesa la cara de su amante cubierta por la estúpida y fría sonrisa de su inmóvil careta.

—¡Ah, que feliz soy!—exclamó el máscara.—¡Jamás te olvidaré!... ¡Me parece que no llega el momento de vernos juntos!

—¡Todo lo sacrifico por ti, querido Enrique!... Espérame en nuestro cuartito, pues me cansa ya el paseo... Dentro de media hora allí me tienes.

—¿Sí?... ¿De veras? ¡Ja! ¡ja!

Y dando un grito de payaso que el público celebró con risas, saltó del coche, no sin antes decir:

—Toma, querida, un saco de *marron glacé* que tanto te gusta.

En efecto, una bolsa de terciopelo azul con dorados cordones, cayó en la falda de la Baronesa, la que bien pronto sacó aquellas golosinas envueltas en papel de plata, comiéndolas con deleite.

III

—Nada más puedo añadir, señor Juez. Yo fuí avisado hace una hora y cuando llegué la Baronesa estaba moribunda. Repito que el veneno ha sido rapidísimo, y no tengo duda de que proviene de esos *marrons glacés* encontrados en el carruaje y que un máscara, según asegura el cochero, regaló á la pobre difunta... Ignoro, claro está, quien pueda ser el autor de este crimen.

Apenas había acabado de hablar el médico de cabecera, se abrió la puerta de la alcoba.

—¡El autor soy yo!—dijo con voz solemne un clown, que al quitarse la careta dejó ver su rostro agitado por la ira y la venganza.

Era el Barón de Puerto Real.

LUIS ALBERTO.

LA TARDE DE JUEVES SANTO

EN LA CALLE

I

La mamá: — ¡Anda, Domitila, vamos de prisal

La niña: — ¡Por Dios, mamá; olvidas el juanete que tengo y el daño que me hace al andar.

La mamá: — Pues ya sabes que primero tenemos que visitar las iglesias.

La niña: — Pero no hay necesidad de ir al trote.

La mamá: — Mira, por ahí viene don Eutiquio.

La niña: — ¡Qué simple es ese viejol!...

La mamá: — No digas, es un señor muy simpático.

II

El amigo: — ¡Qué feliz encuentrol.. ¿Qué tal, doña Librada... y usted niña?

La mamá: — Bien, gracias. ¿Y doña Ramona?

El amigo: — Buena... ¿Dónde van ustedes?

La mamá: — ¡Ay, hijo, á la primera estación!

El amigo: — ¿Pues que esperan á algún forastero?

La mamá: — No... á visitar los *molumentos*.

La niña (aparte): — ¡Ya la metió!

La mamá: — Y en seguida á pedir.

El amigo: — ¿Tan necesitadas están ustedes?

La mamá: — No me entiende... Que de seis á siete tenemos en los Jerónimos mesa de *pepitoria*.

La niña: — ¡Mamá, petitorial!

La mamá: — Lo mismo da... Pues sí; allí han prometido ir todos los huéspedes que tengo, y unos cuantos admiradores de la niña.

El amigo: — ¿Y Domitila sigue con Pepe?

La mamá: — No, señor; tuve que poner fin á aquellos amores... era un hombre muy corrido; en cuatro años de relaciones se quedó la niña que parecía una flauta... Y si llega á ir por casa el muy tunante, como pensaba, hoy estoy en la *galerna*.

La niña: — ¡Galera, mamá!

La mamá: — ¡Ay! No podemos entretenernos más; recuerdos á doña Ramona; dígala que no sea perezosa y nos vaya á ver.

El amigo: — ¡Bueno!... ¡A los pies de usted!

La mamá: — ¡Beso á usted *las manos*!

III

La mamá: — ¡Qué gracioso es este hombre!

La niña: — ¡Pues yo no le veo la punta!

La mamá: — ¡Niña!... ¿Qué punta?...

La niña: — La de la gracia.

La mamá: — Pues sí que la tiene, y debe ser de buena familia... y guapo.

La niña: — Mira qué guapo... con esas narices.

La mamá: — Hija, eres el espíritu de la contradicción.

La niña: — Ahí viene la señora de Gutiérrez, el capitán de caballería.

La mamá: — ¡Mírala!... ¡Jesús, qué mujer más antipática!

IV

La capitana: — ¡Qué tal... qué tal!...

La mamá: — ¡Hola, doña Enriqueta; siempre tan hermosota y tan buen color.

La capitana: — ¡Ay! Pero bien mala he estado.

La mamá: — Pues no hemos sabido nada; y ¿qué tuvo usted?

La capitana: — Hace seis meses di á luz

un niño como un ternero; pero yo estuve muy grave, antes del parto, en el parto y después del parto.

La mamá: — ¡Me deja usted *estuplefauta*!

La capitana: — Y desde entonces tengo una desgana atroz... ¡Qué males!...

La mamá: — Pues yo también he estado muy mala hará cosa de dos meses, con unos dolores horribles en el *higopocndrio*.

La niña: — ¡Hipopocndrio, mamá!

La mamá: — ¡Calla, cargantel!... Ello es que el doctor no tenía esperanzas de salvarme.

La capitana: — ¡Jesús, qué enfermedades!

La mamá: — ¡Ya, yal!...

La capitana: — Vaya, no puedo entretenerme más.

La mamá: — Y nosotras lo mismo... ¿Y el esposo?

La capitana: — ¡Así, así!... A la cuadra se fué, como de costumbre. No ha visto usted hombre más amigo de montar.

La mamá: — Y él más, siendo de caballería.

La capitana: — ¡Clarol!... ¡Vaya, abur!...

La mamá: ¡Adiós!.. Besos á los niños.

V

La niña: — ¡Jesús, qué mujer más necial!

La mamá: — Pero criatura, ¡qué horror tienes á la humanidad!

La niña: — ¡Adiós!

La mamá: — ¿A quién has saludado?

La niña: — A las de Guarrete.

La mamá: — Y qué bien les sienta el apellido... Son las mujeres más sucias que hay bajo la capa del cielo. ¡Mira Sinforiano!

Sinforiano: — ¡A los pies de ustedes!

La mamá: — ¡Ah, Sinforianito!

La niña: — ¡El calaverón!

La mamá: — Si no le conocía... ¡Y cómo le ha crecido!

Sinforiano: — ¿El qué, señora?

La mamá: — El bigote... ¡Bromista! Antes no tenía usted más que cuatro pelos.

Sinforiano: — Yo siempre he sido de poco pelo.

La mamá: — ¡Guasón!... ¿Y en qué quedó aquello de los granos?

Sinforiano: — Que se me reventaron.

La mamá: — ¡Si me refiero á la cosecha...!

Sinforiano: — ¡Ah!... que se perdió. ¿Y á dónde van?

La mamá: — ¡A pedir!

Sinforiano: — ¿Limosna?

La mamá: — ¡Picarón!.. Siempre con tan buen humor. Vamos á los Jerónimos, que tenemos mesa de pe... pe...

Sinforiano: — ¿De P. P. y W.?

La niña: — ¡Mesa petitorial!

La mamá: — Así es que no tenemos tiempo de sobra... ¿Qué hora tiene usted?

Sinforiano: — No puedo decírselo; porque el reloj se *empeñó* en andar mal y está en casa del maestro.

BELLAS ARTES



El nido.

Cuadro de Senegaix.

FANTASIAS FEMENINAS



Paso de baile.

La mamá: — ¡Sabe Dios dónde estará... *perdis!*... No olvide de ir por casa, que tenemos baile el domingo de *Rensurención*.

Sinforiano: — ¡Iré... ya lo creo!...

La mamá: — Bueno... ¡adiós!...

Sinforiano: — ¡Buenas tardes!

VI

La niña: — Sinforiano fué siempre muy loco.

La mamá: — Pero tiene buenos adentros.

La niña: — ¡Vale más que Inocencio!

La mamá: — No lo creas... Inocencio es un chico muy guapo... y te quiere mucho... Cuando estemos en la mesa, dirígele miradas cariñosas.

La niña: — ¡Vaya una tontería!

La mamá: — Quién sabe; puede que nos eche cinco duros.

La niña: — ¿Cinco duros?... ¡Para él los quisiera!

La mamá: — ¿Y qué sabes tú si tiene mucho ó poco?

La niña: — Puedo asegurarte que sólo me echará uno.

La mamá: — Bueno, pues eso te encuentras, es decir, la Inclusa.

La niña: — ¡Mamá, mira mis amigas!

La mamá: — ¡Ah... las de Barrigón!... Llámalas... ¡Chissss!... Ya nos vieron... vamos á saludarlas... tenía ganas de verlas.

EN LA IGLESIA

VII

La mamá (acercándose á la mesa de la Inclusa): — Señora, ¿es á usted á quien *revelamos* nosotras?

La niña (por lo bajo): — ¡Relevar, mamá!

La señora: — No sé decirlo... ¿Qué hora tienen ustedes para pedir?

La mamá: — De seis á siete.

La señora: — ¡Señora, si van á dar las ocho!

S. VILA.

5 Marzo 96.

CLÁSICOS

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento,
Si soy de vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh monte, oh fuente, oh río,
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértente las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo.
De odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,

De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura:
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido.
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y el cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían;
No es mío ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecita
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce, acordado,
Del plectro sabiamente meneado.

LOS RELOJES DEL REY CARLOS

Carlos Quinto el esforzado,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y les hace ir á compás,
Ni minuto más ni menos;
Ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo, exclamaba:
«Más despacio, ¡majadero!»

Si otro se atrasa un instante,
Va, lo coge, lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita: «¡Adelante, adelante,
Majadero, más aprisa!»

Y entrando un día, «¿qué tal?»
Le preguntó el confesor;
Y el relojero imperial
Dijo: «Yo ando bien, señor;
Pero mis relojes mal.»

«Recibid mi parabién»,
Siguió el noble confidente;
«Mas yo creo que también,
Si ellos andan malamente
Vos, señor, no andáis muy bien.

»No fuera una ocupación
Más digna, unir con paciencia
Otros relojes, que son,

El primero el corazón,
Y el segundo la conciencia?»

Dudó el Rey cortos momentos,
Mas pudo al fin responder:
«¡Sí! Más ó menos sangrientos
Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer!

»Yo, que agoto la paciencia
En tan necia ocupación,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazón
De acuerdo con la conciencia.»

Y cuando esto profería,
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí había
Parece que le decía:
«¡Majadero! ¡Majadero!»

«Necio», prosiguió, «al deber
Debi unir mi sentimiento,
Después, si no antes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento.»

Y los relojes sin duelo,
Tirando de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.

Y añadió: «Tenéis razón
Empleando mi paciencia
En más santa ocupación,
Desde hoy pondré el corazón
De acuerdo con la conciencia.

CAMPOAMOR.

VIVIR ES GOZAR

Deja ya de sufrir, rompe ese hielo
que tenaz te encadena y avasalla,
decidete á gozar, tiende tu vuelo
á las regiones do el placer se ha'la.

Es preciso que sepas, que la vida
es del gozar la eterna compañera,
que la dicha al placer siempre va unida
cual va unida á la flor la primavera.

Desprecia la virtud intransigente,
que en todo ve la sombra de pecado,
y piensa que la gloria es solamente
el cumplimiento del placer soñado.

Entrégate al deleite que te brindan
el amor, la pasión y la locura,

entrégate con fe hasta que te rindan
y sientas la nostalgia de la hartura.

Prefiere el ruido y bacanal furiosa
y el alegre chocar de las botellas,
á esa calma letárgica y juiciosa
de que hacen gala místicas doncellas.

Gusta el placer candente de la orgía
y las delicias que el amor te presta,
busca en todos tus actos la alegría
y vive sin cesar de fiesta en fiesta..

Acuéstate en los brazos de la suerte
y cuando sientas la pasión que quema,
verás que sin placer la vida es muerte
y fuera del gozar todo es pamema.

EMILIO DE PALACIO.

FANTASIAS FEMENINAS



Un buen bocado.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTISTICO

Director:

V. SUAREZ CASAÑ

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre.	5 Ptas.
Un año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA

PARA LA VENTA

de

periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Herald* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y 4